

EL REINO DE LA ACRACIA

Aquella mañana soplaba viento de poniente.
Era la tercera vez después de nueve intentos.
Había que apresurarse en soltar todas las amarras,
y seguir el humo azulverdoso de las hojas nocturnas.

Tenía un astrolabio para ver el firmamento,
un mapamundi con dos cruces señaladas,
un cuaderno de bitácora de páginas blancas
y una antigua brújula con imanes alterados.

Zarpó valiente, sin la rosa de los vientos,
hacia el lejano *Reino de la Acracia*.
Dejaba atrás la tierra seca y sudorosa
que sus manos daban cuenta desde la cuna temprana.

Pabellón anónimo, marcaba el rumbo
con un corto pentagrama de cosas hechas
que musicaba en susurro las voces armoniosas
de mil sirenas marineras.

Cuentan sus cánticos que el reino es un vergel
casi desierto, de tiernas aguas transparentes
que ablandan los labios cuando, a veces,
te acercas.

Dicen que sólo llegan
los *náufragos* enajenados
por acumulación de ausencias.

Dicen que allí andan *poetas* desnudos,
pintores que cantan, almas
que hablan de veras.

Dicen que al llegar preguntan
las fórmulas magistrales para salvarte
y, si no, te echan.